CAPITULO IV.

Motivos y medios que suministra la Ley natural para que se observen sus preceptos.

No basta instruir al hombre en sus deberes; es preciso ademas proponerle una recompensa, y mostrarle los medios; y esto vamos á hacer en las últimas lecciones, que forman como el complemento de la Ley natural.

Articulo I.

Recompensas que ofrece la Ley natural.

Apeteciendo naturalmente ser feliz, jamas se resolverá á renunciar al bien presente sin la esperanza de otro mayor bien futuro: jamas tendrá bastante fuerza para combatir sus inclinaciones, si el precio de la victoria no corresponde á las fatigas del combate [1]. La Ley natural, que está fundada sobre la recta razon, no podrá prescribir contra este derecho inalienable de la naturaleza, ni mandar al hombre dar mas, para recibir menos.

Es necesario, pues, proponer al hombre una recompensa, para determinarle á ser virtuoso; y en

1 Bienaventurados sois cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo por mi causa.—Gozaos y alegraos, porque vuestro galardon muy grande es en los cielos. Math. 5, 11, 12.

la idea de un Dios infinitamente justo, la recompensa de la virtud debe ser la verdadera bienaventuranza; pues no puede cifrarse aquella, ni en los placeres sensuales, ni en los honores, ni en las riquezas, ni tampoco en la estimacion pública: todas estas ventajas reunidas, no han hecho jamas feliz á ninguno, porque los que las poseen, buscan aún su felicidad [1]; y aun puede decirse que son

1 Yo he llegado á ser grande, y he aventajado en sabiduría á todos los que fueron antes de mí en Jerusalen; y mi entendimiento contempló muchas cosas sabiamente, y las aprendí.—Apliqué mi corazon á aprender la prudencia, y la doctrina, y los errores, y la necedad: y conocí que aun en esto habia trabajo y afliccion de espíritu.—. . . Engrandecí mis obras, me edifiqué casas, y planté viñas. . . . Poseí siervos y siervas, y tuve mucha familia: tambien ganados mayores y numerosos rebaños de ovejas, mas que todos los que fueron antes de mí en Jerusalen.—Amontoné para mí plata y oro; y los haberes de los reyes, y de las provincias: me escojí cantores y cantoras, y las delicias de los hijos de los hombres. . . Y superé en riquezas á todos los que fueron antes de mí en Jerusalen. . . . --Y no les negué á mis ojos todas cuantas cosas desearon: ni vedé á mi corazon que gozase de todo placer, y se deleitase en las cosas que yo habia aparejado; y juzgué que esta era mi parte, el disfrutar yo de mi trabajo.—Y habiéndome vuelto á todas las obras, cuantas habian hecho mis manos, y á los trabajos en que yo inútilmente habia sudado, ví en todo vanidad y afliccion de corazon. Eccles. 1, 16, et sequent. Cap. 2, 4, 7, 8, 9, 10, 11.—. . .. pasa la figura de este mundo. 1 Cor. 7, 31.

peligrosas para la virtud misma; y en efecto, pocas veces hacen mejor al hombre, y sí peor frecuentemente. Ademas, no es raro que el criminal tenga una vida próspera, mientras que suele verse al inocente gemir en la miseria: luego la prosperidad no es el premio de la virtud. Ofreced, si no, al hombre los placeres, los honores, las riquezas, la gloria humana, como el término de sus obras: vais á encender en su corazon el deseo dominante por todos estos bienes, y á exaltar, por tanto, las tres mas grandes pasiones; á hacer brotar todos los vicios, y á sofocar todas las virtudes. ¿Cómo, pues, podria la virtud proponerse estos bienes por su recompensa? La misma gloria que resulta de la estimacion pública, esta gloria que es el ídolo de los sabios, y que parece ser el patrimonio esclusivo del hombre de bien, viene á estinguirse cuando se la acerca la luz de la razon; pues que al fin, las virtudes y los vicios tienen su morada en el corozon, á donde no penetra la vista. Las apariencias y el interes personal, son los únicos fundamentos en que libramos nuestro dictámen sobre esta materia. Si acertais á ser útil, ó á agradar, todo se os disimulará; mas si por el contrario, os veis en la precision de contradecir, no se hará la misma gracia á vuestras virtudes. Basta el saber alucinar, para granjearse la admiracion; y por esto tal vez, el que con sus depredaciones

devastó el universo, conseguirá un lugar distinguido en la historia, mientras que la virtud humilde quedará sepultada en el olvido. Es verdad que el vicio tendrá su castigo en los remordimientos, y su recompensa la virtud en la paz dichosa de la conciencia; ¿pero seria bastante esta recompensa para el hombre de bien, calumniado, oprimido, cercado de dolores y de la indigencia; ó espirando tal vez en un cadalso? Y el criminal, que prospera, y que á fuerza de delitos llega á ensordecer para no oir los gritos de su conciencia, ¿seria suficientemente castigado con los remordimientos?

Están, pues, reservados para otra vida el premio y el castigo [1]; y en ella será cuando el Legislador Supremo, cuyo imperio se estiende sobre todos los hombres, y aun sobre la muerte misma; Legislador infinitamente sabio, infinitamente justo, que examina el interior de los corazones, que pesa así las intenciones como las obras; que solo él es bastante magnífico para recompensar la virtud, que le dá honor, y poderoso para castigar el crímen, que le ofende; que por lo mismo él solo es quien puede ejercer la justicia; éste, éste es el que

1 Porque el hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles: y entonces dará á cada uno segun sus obras. Matth. 16, 27.—Pero esperamos segun sus promesas cielos nuevos, y tierra nueva, en los que mora la justicia. 2 Petr. 3, 13.

juzgará entonces al mundo entero [1]: á no ser así, el hombre que desea la justicia seria mas justo que el mismo Legislador, que mandándola, no la administrase. Su Ley, toda santa como es, seria injusta; porque no teniendo otros motivos suficientes, vendria á ser impracticable para el hombre racional. El labrador, animado con la esperanza de las recompensas, soporta sin murmurar el peso del dia y del calor [2]: quitadle esta esperanza, y al punto desfallecerá. Los remordimientos no serán mas que un terror vano para el criminal que sepa disimular. La paz de la conciencia vendria á ser un fantasma, una ilusion para el justo que no encontrase en su corazon el consuelo de un Dios que

1 Y ví un grande trono blanco, y uno que estaba sentado sobre él, de cuya vista huyó la tierra y el cielo, y no fué hallado el lugar de ellos.—Y ví los muertos grandes y pequeños que estaban de pié delante del trono.... y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros segun sus obras. Apoc. 20, 11, 12.—Entonces estarán los justos con grande constancia contra aquellos que los angustiaron y que les quitaron sus trabajos.—Viéndolos serán turbados con temor horrendo, y se maravillarán de la repentina salud que ellos no esperaban. Sap. 5, 1, 2.

2 Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta recibir la lluvia temprana y tardía. Jac. 5, 7.

ve y que juzga; y el hombre de bien, acusando de injusto ó de impotente al cielo, se echaria, ademas, en cara á sí mismo la inutilidad de sus propias virtudes.

Articulo II.

Medios que la Ley natural indica para la observancia de sus preceptos.

Pare ceque bastaria indicar al hombre, que necesariamente desea ser feliz, el camino de la felicidad, para que desde luego le emprendiese: de suerte que seria un arcano cómo pudiera marchar por el lado opuesto, á no convencernos la esperiencia diaria de que las verdades mas interesantes influyen en el hombre con la proporcion misma que afectan su corazon; que se oscurecen cuando el alma se distrae; que se borran cuando las contradicen las propias inclinaciones ó el mal ejemplo; que, por decirlo así, se atenúan cuando se miran desde lejos; y por último, que cuando ya no se perciben, vienen á ser para nosotros como si no las hubiese. Es necesario, por tanto, recordarlas con frecuencia, penetrarnos de ellas, meditar sobre la regla é importancia de nuestros deberes, sobre la aplicacion que de ella hemos de hacer en la práctica, sobre los motivos capaces de escitar nuestra vigilancia y de reanimar nuestras fuerzas, á fin de que brillando en

nuestra alma estas verdades interesantes, nos ayuden, como es propio de ellas, en la necesidad, nos ilustren, nos afirmen en el bien, y sirvan de dique contra la violencia de las pasiones que nos arrastran [1].

Sin duda que estas verdades saludables parecerán austeras en un principio, porque exijen sacrificios; pero si las contemplamos en la persona que las practica, nada hallarémos en ellas que no sea dulce y amable. Animémonos con su ejemplo [2]:

---

1 Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon, con toda tu alma, con toda tu fuerza.—Y estas palabras que te mando yo hoy, estarán en tu corazon.—Y las contarás á tus hijos, y las meditarás sentado en tu casa, y andando por el camino, al irte á dormir, al levantarte.—Las atarás como por señal en tu mano, y estarán, y se moverán entre tus ojos.—Y las escribirás en el umbral y puertas de tu casa.—Deut. 6, 5, 6, 7, 8, 9.—Guarda, hijo mio, los mandamientos de tu padre, y no dejes la ley de tu madre. —Atalos en tu corazon perpetuamente, y rodéalos á tu garganta.—Cuando anduvieres vayan contigo: cuando durmieres, sean tu guarda: y al despertar habla con ellos.— Porque el mandato es antorcha, y la ley luz, y camino de vida la reprension de la enseñanza. Prov. 6, 20, 21, 22, 23.—Medita estas cosas: ocúpate en ellas; á fin que tu aprovechamiento sea manifiesto á todos.—1 Tim. 4, 15.

2 El que anda con sabios, sabio será: el amigo de los necios, tal se hará como ellos. Prov. 13, 20.—Hombres justos sean tus convidados. . . . Eccli. 9, 22.—Mas con el

busquemos su trato y amistad; y la estimacion que ésta nos hará concebir de su persona, nos inspirará naturalmente el deseo de imitarlas.

Sabed, no obstante, distinguir al hombre de bien de los hombres hipócritas, cuya boca predica humanidad y destila hiel: condescendentes solo para sí, y duros y enfadosos para los demas: siempre ásperos para correjir: finjen perfeccion para sorprender la confianza de los demas: dominan con despotismo intolerable si llegan á subyugar: enemigos implacables si pierden la esperanza de esclavizaros: virtud, justicia, por último, toda llena de acrimonia, toda herviada de espinas; siempre sombría y suspicaz, jamas ingenua ni verdadera, bastante para hacer aborrecible la virtud misma, si fuese semejante á la que ellos mienten [1]. Huid al pun-

---

varon santo trata de contínuo, con todo aquel que conocieres que guarda temor de Dios.—Cuya alma es segun tu alma; y que cuando anduvieres tentando en tinieblas, se condolerá de tí. Eccli. 37, 15, 16.

1 Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores.—Por sus frutos los conoceréis. . . .Matth. 7, 15, 16.—Mas has de saber esto, que en los últimos dias vendrán tiempos peligrosos.—Porque habrá hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos, malvados.—Sin aficion, sin paz, calumniadores, incontinentes, crueles, sin benignidad. —Traidores, proterbos, orgullosos, y amadores de place-

to, y desconfiad de su celo farisaico. El hombre virtuoso, siempre bueno, marcha siempre tambien por el camino recto; mas es preciso buscarle, porque ni apetece, ni pretende ser conocido; y para gozar de su trato, es necesario principiar mereciendo su estimacion.

Una turba, por el contrario, de hombres insustanciales, y aun malos, se acercará á tí, ya para pasar el tiempo, ó ya para cubrir á la sombra de tus virtudes las sospechas de una reputacion equívoca, cuando no sea, tal vez, para seducirte, y triunfar en seguida de tu debilidad. Aleja, aleja de tí á tales personas; pues todo trato que no tiene por lazo la virtud, ha de serte perjudicial [1]. La salud mas robusta se resiente habitando de continuo en una mansion infestada.

Pero el enemigo mas temible está dentro de nosotros: allí luchan sin cesar las pasiones contra la virtud; y aunque enfrenadas, conservan, sin embar-

---

res, mas que de Dios.—Teniendo apariencia de verdad; pero negando la virtud de ella. Huye tambien de estos tales. 2 Tim. 3, 1, 2, 3, 4, 5.

1 No traigas yugo con los infieles. . . .—Por tanto salid de medio de ellos, y apartaos, dice el Señor. y no toqueis lo que es inmundo. 2 Cor, 6, 14, 17.—Mas os denunciamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os aparteis de todo hermano, que anduviere fuera de órden. . . . 2 Thess. 3, 6.

go, inteligencias secretas con los enemigos esteriores. Cerrad las avenidas, y fortificad los puntos endebles si quereis conservar la plaza. Mientras dormis, el enemigo vela, y entonces es cuando viene al ataque; si una vez triunfa, sabed que ejercerá un imperio tiránico.

No os contenteis con velar: es preciso armarse para combatir con la ayuda del Todopoderoso. Habiendo sido criados para ser felices, no os entregará á vuestra propia debilidad si implorais su socorro [1]. Seguid las huellas del corazon desamparado, que de un vuelo se remonta hasta el cielo para buscar la luz y la fortaleza que le faltan. En los grandes peligros esclamad: *Oh Dios, socorredme.* En las irresoluciones congojosas decid: *Oh Dios, alumbradme.* Si la calumnia os oprime, y os amenaza la muerte, *mi Dios* prorumpiréis, *juzgadme vos mismo, libradme.* Tales son los primeros gritos de la naturaleza, que siente la presencia de su autor, que publica su bondad, que implora su asistencia.

---

1 Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad y se os abrirá.—. . . . —¿O quién de entre vosotros es el hombre á quien si su hijo pide pan le dará una piedra? ¿O si le pidiere un pez, por ventura le dará una serpiente?—Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre, que está en los cielos, dará bienes á los que se los pidan? Matth. 7, 7, 9, 10, 11.

A estos diferentes medios convenia añadir el conocimiento de sus propios deberes; y como el camino del exámen y discusion es demasiado lento y difícil, la Providencia ha dado al hombre luego que nace dos maestros en la persona de aquellos de quienes ha recibido el sér, para que formen su espíritu y su corazon: quiso ademas que fuese bastante largo el tiempo de la educacion, haciendo larga la infancia; edad preciosa en que el hombre, siendo, por decirlo así, enteramente nuevo, conociendo mejor sus necesidades y su insuficiencia, es por lo mismo mas dócil á la voz de la instruccion.

Mas el pobre, ocupado absolutamente en buscar su subsistencia y la de su familia, ¿tendrá luces bastantes para instruirle? ¿Tendrá tiempo? ¿Tendrá voluntad? Ademas, ¿qué lecciones podrán dar á sus hijos los padres de costumbres corrompidas? ¿Qué apoyo darán á sus máximas morales? ¿Qué unidad podrán tener sus principios?

Es cierto que las leyes suplirán á estas faltas de la educacion; pero hay que convencer el entendimiento para obrar conforme á razon: hay que colocar la justicia en el corazon para hacer virtuoso al hombre; y las leyes no pueden mandar al uno ni al otro. Conoce el hombre tan perfectamente su independencia en cuanto á esta noble porcion de sí mismo, que cualquiera otra dominacion, que no sea la de Dios, se le hará insoportable. Las leyes humanas, pues, son insuficientes para formar el hombre interior. ¡Ah! ¡Cuántos crímenes se escapan á la vigilancia de las leyes! ¡Cuántos vicios se sustraen de su poder, quedando en la oscuridad sin castigo! Por último, debiendo ser una la regla de las costumbres para todos los tiempos y lugares, ¿seria jamas estable ni unánime si recibiese su sancion de las instituciones humanas? Solo, pues, el primer Legislador de esta Ley antigua, grabada desde el principio en el corazon de todos los hombres, solo este Legislador Supremo que habla á todos con el imperio de la divinidad, que lee en el fondo del corazon, que le manda, que le juzga, que castiga, que recompensa, y que á todos juzga con justicia, es el solo que puede poner al alcance, á la vista de todos las máximas sagradas de su Ley eterna, y fijar la incertidumbre é inconstancia del espíritu humano por la infalibilidad de su palabra.

Que venga, pues, esclama á este propósito un sabio de la antigüedad inspirado por sola la conviccion de sus propias necesidades [1]: que venga este Lejislador Divino á grabar con rasgos de fuego sobre el mármol y el bronce la Ley antigua que las pasiones y prejuicios han borrado del corazon del hombre: que venga á publicarla en los cuatro

---

1 Socrat. in Alcib.

ángulos del universo: que disipe todas las tinieblas; y si la autoridad de esta Ley desanima, que envíe ademas un hombre justo, cuyas virtudes sirvan á un tiempo de modelo y de estímulo.

Mas ¿quién ha de ser este hombre tan justo que llame sobre sí las miradas de todos, y que merezca su aprobacion? "Es necesario, dice el mismo filósofo, que este hombre no tenga ni aun la gloria de parecer justo, para que no se pueda sospechar que lo es por vanidad: es necesario que sea despojado de todo, menos de su virtud: es necesario que sin hacer daño á nadie sea tratado como el mas criminal de todos....Es necesario que persevere justo hasta el fin....que sea azotado, cargado de cadenas; que se le salten los ojos, que se le clave en una cruz, y que se le haga espirar entre los mas crueles tormentos [1]."

¿Pero en dónde se hallará este justo?

1 El mejor partido que nos queda (*dice Sócrates in Alcibiad.* hablando de los deberes del hombre) es esperar con paciencia. Sí: es necesario esperar que alguno venga á instruirnos del modo con que debemos portarnos con los hombres.—*Discípulo.* ¿Y cuándo será ese tiempo? ¿Quién es el que ha de enseñarnos estas cosas? Pues me parece que yo siento un vivo deseo de conocer este personaje.—*Socrat.*—Este de quien se trata es un personaje que se interesa en lo que te toca; mas él lo hace, á lo que yo entiendo, del modo con que cuenta Homero que Minerva nsó respecto á Diomides. Disipó el obstáculo que tenia

delante de los ojos para que pudiese ver. Del propio modo es necesario que el impedimento que hay sobre los ojos de tu entendimiento desaparezca, para que puedas despues distinguir lo justo de lo injusto, el bien del mal; distincion que hasta ahora no te hallas en estado de poder hacer con perfeccion.—*Discíp.* Pues que venga esa persona, y que disipe, cuando á bien tenga, estas tinieblas: por o que á mí toca, estoy enteramente decidido á hacer cuanto quiera prescribirme, para llegar á ser mejor.—*Socrat. in Alcib. Plat.*